

22/2/60

899

EL COMERCIO.—LIMA, LUNES 22 DE FEBRERO

EL LABERINTO Y EL HILO

Ausentismo, signo de inmadurez

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Forma ya tradicional de nuestra manera de concebir y asumir la vida es el **ausentismo**. Ayer, el desarraigo de lo propio, el viaje a las tierras lejanas y cultas, era una expresión de la protesta contra la grisura del medio y la existencia locales, un modo de rescatar el propio espíritu, de elevarlo a su legítimo puesto. Hoy el fenómeno tiene otras motivaciones. Se ausenta no sólo el intelectual sino el técnico, el profesional, inclusive el hombre de empresa. Hasta la anterior generación, París y, en menor grado, otras capitales europeas llamaban al poeta y al artista como sedes de la legítima espiritualidad, de la única. Ahora existen nuevas metas igualmente falaces.

El ausentismo proviene del individualismo. La conciencia del que fuga del mundo en que ha nacido busca dos cosas: una circunstancia mejor para sí en las esferas de lo intelectual o de lo económico y un medio menos problemático en el cual el reclamo de acción no sea perentorio. El viajero postula la conquista de un paraíso y en eso es ingenuo. Lo más que hallará será, si sus habilidades o su esfuerzo resultan eficaces, el éxito material y su secuela de confort, que no constituyen de por sí edén de ninguna clase. Pero, ¿el bienestar hondo? Los caminos que conducen a la plenitud son interiores y la intimidad se revela aún en el desierto, aún en la soledad.

De otra parte, aquí hay interrogaciones, incógnitas, problemas, que frecuentemente adoptan un aspecto irritante, desesperante. A la incitación ha de seguir una respuesta, y del juego de una y otra provocándose por el recíproco desafío, por la lucha, surge ese fruto llamante que es el sentido del ser, la razón personal de cada cual y de todos en conjunto. Que nuestro mundo esté capturado por los mediocres, por los poderosos, por los egoístas, no justifica que los que no son todo eso entreguen su bastión y emprendan la retirada. Hay que devolverle a la vida su esencia agónica, combativa. De ahí que el ausentismo sea, a fin de cuentas, una tremenda defección vital.

París fue para nuestros artistas la posibilidad consagratoria. ¿Cuántos lograron ese privilegio? No alcanzan los dedos de la mano para contarlos, y de esos pocos, ¿puede decirse que dieron el total de lo que tenían que dar? Los nuevos señuelos (Nueva York, Caracas, tal vez Moscú) tampoco serán propicios a la ambición de quienes persiguen en ellos la atmósfera dichosa de la eclosión de la persona profunda. Este prodigio no se gana, por cierto, eliminando los deberes y las penurias de la obra dramáticamente propuesta por el universo que el azar nos ha ofrecido, sino oponiendo el sí esperanzado e ilusorio del espíritu al no fatídico y brutal de la realidad. Es decir, gracias a la libertad.

Los que antaño —y, en ciertos casos, en nuestros días— iban a Europa por arrancarse del pecho la angustia, otorgaban a la distancia un poder terapéutico que sólo el candor es capaz de explicar. La angustia viajaba también con ellos. La angustia es, en el fondo, un exceso de amor propio, de orgullo, de soberbia, de vanidad. Y todo esto está constituido con residuos de la adolescencia. Esta etapa se sobrepasa cuando de la conciencia del **yo** se alcanza la conciencia del **nosotros**. Pensar, crear, vivir, luchar puestas el alma y el corazón en la plu-

alidad humana de la que somos parte, es llegar a la madurez del adulto y, por ende, rearsarse en uno para todos. El ausentismo es, este término, un sueño de niños.